dor y sus criaturas, «efecto Segismundo» que tiene un espléndido desarrollo en la escena final cuando Sastre recibe en Madrid a Isidro y a Pepita. La ironía y el humor, siempre presentes en la acción, cobran ahora un alcance que es resumen y conclusión de cuanto hemos visto. *El extraño caso de los caballos blancos de Rosmersholm* resulta, por todo ello, un excelente ejemplo de la reciente dramaturgia de Alfonso Sastre. ■

Electra en Oma [1]

de Pedro Manuel Víllora

Domingo Miras

Electra en Oma

de
Pedro Manuel Víllora

Prólogo
Santiago Martín Bermúdez

Editorial
Fundación Valparaíso, Mojácar, abril 2006

Los fantasmas de la casa de Atreo turban de nuevo nuestro sueño. Pedro Manuel Víllora los ha conjurado y nos los ha metido en casa, si es que aún podemos llamar nuestra a la morada de los «hijos de Aitor, del tótem del toro», como decía Baroja. Porque esa es la cuestión, precisamente: si el viejo palacio ha de ser un islote encerrado en sí mismo o si, por el contrario, ha de compartir los destinos de la Hélade, como hiciera en el pasado, cuando se unió al resto de los dánaos para la empresa común que dio carácter y sentido histórico a la turba de reyezuelos que componían el mosaico aqueo.

Los mitos de la antigua Grecia son de una fecundidad inagotable, tienen un poder de sugestión que continuamente los remoza, siempre están disponibles para inundar de fuerza y de hermosura los nuevos temas que los tiempos nuevos van haciendo aflorar de la conciencia colectiva en el curso de las edades. En esta ocasión, los hijos de Agamenón nos han traído su ilustre conflicto desde Argos a la convulsa Euzkadi, y la remota tragedia renace nuevamente embelleciendo y alumbrando un problema de cotidiana actualidad.

Mi primer contacto con *Electra en Oma* fue previo a la aparición del libro: leí este drama el 20 de noviembre de 2005 como jurado en el *Premio SGAE,* y aquella lectura de un autor oculto bajo la plica tuvo para mí el interés añadido que siempre me despierta el mundo helénico en general y el de los Atridas en particular, en cuyos sangrientos destinos me introduje osadamente hace tiempo, dedicando mi simpatía y adhesión a la pareja de los «malos», a la reina conyugicida y a ese amante suyo tan universalmente despreciado, el cobarde Egisto, de quien hice mi protagonista y cuyo envilecido nombre puse en la portada de mi pieza como título que ya anunciaba su objeto y contenido.

Esta preferencia por los tradicionales antagonistas de los héroes del conflicto no condicionó, naturalmente, la objetividad de mi lectura ni perturbó el placer con que la hice. Aquella visión del mito clásico con que el desconocido autor lo proyectaba sobre una actualidad tan próxima y palpitante como el conflicto vasco, y la belleza con que el tema se exponía, me sugirieron que bien podía ser aquella la obra ganadora del concurso, una posibilidad que bien pronto se desvaneció al hacerse público que le había sido otorgado el *Premio Beckett* en su primera edición, lo que, según las bases, la inhabilitaba para ser premiada en el concurso de la SGAE. Bien: en todo caso, ese otro premio me reafirmaba en mi criterio sobre el valor de la obra, al que por añadidura avalaba el nombre de su autor, un dramaturgo ya reconocido y consagrado. El *Premio Beckett* acreditaba que igualmente hubiera merecido el *Premio SGAE.*

La acción se sitúa en un Argos que es, al mismo tiempo, Euzkadi. Y, más concretamente, centrada y recluida en el bosque de Oma, donde se hallan esos árboles fantásticos de troncos decorados por Agustín Ibarrola, un lugar mítico para albergar el mito. Y, en torno, Euzkadi. Se trata del Argos de Esquilo, de Sófocles y dudosa-

[1] *Premio Beckett de Teatro 2005*

mente de Eurípides, que mezcla en su texto a Argos y a Micenas, donde sitúa el palacio de Agamenón, pero citando a Argos con frecuencia, dando la impresión de que este sea el territorio y Micenas la capital, lo que tampoco encaja bien con el texto homérico, que en su canto II del famoso catálogo de las naves viene a decirnos tajantemente que los de Argos iban a las órdenes de Diómedes, y los de Micenas a las de Agamenón:

Y los que poseían Argos y la amurallada Tirinto,
Hermione y Asina, asentadas en una profunda rada,
Trezen, Eyones y Epidauro, rica en viñedos;
y los jóvenes aqueos que poseían Egina
y Masete,
sobre estos mandaba Diómedes, valeroso en el grito
de guerra...

Mientras que, en el caso de Micenas, dice a continuación:

Y los que poseían Micenas, bien edificada fortaleza,
la opulenta Corinto y la bien edificada Cleonas,
…
De sus cien naves era jefe el poderoso Agamenón
Atrida; a este con mucho las más numerosas y mejores
huestes acompañaban. Se había revestido de
cegador bronce…

(*Ilíada,* II, 559-563 y 569-578.
Trad. Emilio Crespo Güemes)

¿Argos o Micenas? Hace mucho tiempo, en septiembre de 1972, recorría yo las ruinas de Micenas por la mañana temprano, antes de que llegasen los autocares de turistas. La planta del palacio era fácilmente identificable: el patio, la base de las dos columnas que dan acceso al vestíbulo y, tras este, el megarón, la sala principal del edificio, donde estaba el trono del dueño y el brasero de piedra rodeado por las cuatro columnas que sustentaban el ya inexistente techo con la redonda abertura de salida de humos: aquí se hacía la vida solemne, aquí se celebraban los banquetes, aquí murió Agamenón, si es que lo hizo, en un banquete y, en mi heterodoxa versión del tema escrita dos años antes, también Clitemnestra. Mi apasionado interés de toda la vida por el mundo de ideas, imágenes y sensaciones que esto evocaba, puede hacer comprensible mi emoción en aquella hora temprana de soledad sin más compañía que mi mujer y las piedras venerables que en tiempo inmemorial habitaba la Erinis.

Desde aquella elevada posición, se veía extenderse hacia el Sur la llanura argiva recorrida por el Ínaco, con la ciudad de Argos allá, en el llano, al pie del monte Larissa. Yo recordaba el famoso «telégrafo de hogueras» que en la *Orestíada* hizo saber a la reina la caída de Troya. El último de los montes cuya lumbre pudo ver el vigía apostado en la terraza del palacio era el Aracneo: con el mapa previamente aprendido, lo veo sin dificultad, por la parte de Levante; aunque todavía algo a contraluz, ya se dora la suave curva casi horizontal de su cima, que en el extremo de la izquierda se eleva en un cono que forma un conjunto armonioso con el resto. Es un hermoso monte que se ve perfectamente desde aquí, pero que se verá lo mismo desde Argos, solo que un poco desviado hacia el Norte.

Así pues, ¿Argos o Micenas? ¿La ciudad de la fértil llanura que dio su nombre a toda la península llamada de la Argólide, o la ciudad alta y pequeña, hirsuta, fácil de defender pero imposible de ensancharse, encastrada entre los dos enhiestos cerros, Zara y Hagios Ilías, que en el crepúsculo tienen un tono sombrío y una silueta algo siniestra? En la época homérica, sin duda sería Micenas, pero en la de los trágicos, ya en la Grecia histórica del siglo V, Micenas ya no era nada, quizá despoblada por el traslado de su población a la ciudad vecina, mientras que la rica Argos era la bien conocida capital económica de la próspera Argólide y, además, aliada de Atenas en la guerra del Peloponeso, una alianza que Esquilo se cuidó de representar ya en el remoto tiempo de los Atridas, con un Orestes agradecido a la ciudad de Palas, a la que prometía que Argos estaría siempre a su lado:

Jamás ningún piloto de mi tierra ha de venir aquí
blandiendo una aguerrida pica. Y yo mismo, que a
la sazón dormiré ya en mi tumba,
al transgresor del
juramento que ahora os hago, haré que se arrepienta
de su empeño con terribles desgracias,
poniendo al desaliento en su camino y siniestros
auspicios a su paso.
Pero si es observado el juramento y si
honran a esta
ciudad de Palas con la aliada lanza,
me mostraré clemente...

(*Euménides,* 765-774. Trad. José Alsina)

Argos y Atenas, aliadas contra Esparta: el teatro al servicio de la ciudad.

Bien está, dejemos ya el excurso, sin duda excesivo pero caro a mi corazón, y volvamos al libro que Pedro Manuel Víllora ha escrito después de meter también su cabeza y su corazón entre aquellos muros sangrientos que ha visto, además, reproducidos en las verdes colinas que habitan los afortunados vascos. Las referencias a Argos serán constantes, pero siempre con la permanente evidencia de que Argos es el suelo de Vasconia. Y en ese suelo está el bosque de Oma, un «bosque sagrado sembrado por un dios para festejar el nacimiento de Agamenón». Nos lo dice Demódoco, dirigiéndose a los agresivos jóvenes que componen el Coro y que están talando el bosque, un bosque al que ellos llaman «ofensivo e insultante» porque lo consideran un «cáncer que ha crecido en la ciudad de Argos, la herencia del odiado Agamenón».

Estamos, pues, en la situación que podemos considerar de arranque de *Coéforos,* con un Agamenón ya muerto y un Argos obediente a Egisto empeñado en olvidar la memoria del periodo anterior, una memoria que en buena parte representa ese sagrado bosque que nació de origen divino en celebración del natalicio del gran rey y entre cuyas raíces reposan los restos de ese mismo rey asesinado. El acto de talar ese bosque tiene, pues, un doble significado: el práctico de labrar con su madera el nuevo tálamo nupcial para Clitemnestra y el usurpador, y el simbólico de destruir el recuerdo de un tiempo pasado que se quiere abolir. Son tiempos nuevos que niegan y contradicen a los antiguos: si Agamenón trascendió los estrechos límites de Argos para unirse a las demás ciudades de Grecia con objeto de acometer empresas de magnitud universal, los partidarios de Egisto aborrecen esa apertura al exterior y han optado por encerrarse en sus valles umbríos, en sus estrechos horizontes, en sus costumbres ancestrales, en su lenguaje secreto, en su política de campanario, y en su endogámico viraje hacia su propio interior vuelven la espalda al mundo de fuera, desconfían de todo lo extraño, y odian cuanto pueda sugerir una apertura de cualquier clase. Cualquier desconocido puede proceder del exterior y en ese sentido despierta su recelo: «No te conozco, no pareces de estas tierras. No eres de los nuestros y aquí no nos gustan los forasteros».

Estas inamistosas palabras le dirige el Coro de taladores a Demódoco, y hace bien en desconfiar de él, pues no se trata de un «forastero» cualquiera. ¿Quién es Demódoco? Esta misma pregunta se hace el prologuista del libro, Santiago Martín Bermúdez, y para responderla prescinde ante todo del cantor de la corte de los feacios que hizo lloriquear a Ulises (que a su vez tenía a Femio en su casa), para quedarse con Pausanias y con el divino Néstor, el anciano parlanchín homérico rey de la arenosa Pilos que, en la *Odisea,* le cotilleó a Telémaco los chismes de alcoba de Argos, quizá para entretener al muchacho con su poquito de prensa del corazón, detallándole que Agamenón había dejado junto a su esposa un aedo para «velar» por ella. Este aedo, que carece de nombre salvo en un diccionario consultado por Martín Bermúdez que yo no conozco, es el Demódoco de Víllora:

> **DEMÓDOCO.** ¿Y recuerdas también al mísero poeta que tu padre designó para ayudar a Clitemnestra en el gobierno de Argos durante su ausencia?
> **ELECTRA.** ¡Demódoco!
> **DEMÓDOCO.** Sí, Demódoco; ya veo que, después de todo, te acuerdas de mí.

Ese aedo innominado que se cita de pasada en la *Odisea* y que Pausanias recuerda más de mil años después, es rescatado por Víllora y bautizado con el mismo nombre que tenía el aedo del rey Alcínoo, seguramente no por casualidad: me atrevería a suponer que ese préstamo de nombre de un poeta a otro viene a identificarles significativamente como depositarios de la memoria histórica, como desveladores del pasado (el uno narraba la guerra de Troya, el otro narrará la muerte de Agamenón a Electra). Demódoco es, pues, el transmisor de la memoria, y así su sentido se amplía abarcando un significado múltiple; es todos y cada uno de los poetas que han recordado la historia de la casa de Atreo, incluido el propio Víllora, su creador.

El Coro de brutales cortadores de árboles ha puesto de relieve ante Demódoco

su xenofobia, su cerril adhesión a Egisto y sus ideas de patriotismo estrecho y excluyente. Con ello se ha puesto de manifiesto el panorama político general: así estamos en Argos, tras la muerte de Agamenón. La aparición de Electra planteará el tema trágico a escala individual, y Víllora vuelve a ser sumamente original al presentarnos a la hija de Agamenón como partícipe en un primer momento de la ideología de Egisto y los suyos: ella no entendía los objetivos amplios, generosos, ecuménicos de su padre, tal como confiesa a Demódoco en un convincente parlamento:

> ELECTRA. Creí en Egisto en un primer momento porque me parecía un hombre íntegro y consecuente con sus ideales, que incluían una buena dosis de justicia. Justicia para la ciudad de Argos, quiero decir, devuelta al alto lugar como nación del que mi padre iba a desposeerla disolviendo su identidad entre el marasmo de las poblaciones griegas. Egisto nos fascinó a cientos de jóvenes de Argos, incluyendo a mi hermano Orestes y a mí…

Ahora bien: esta Electra ignora el conyugicidio de su madre, piensa que su padre fue asesinado por unos desconocidos que representaban las ideas de Egisto, un asesinato que adopta un formato que nos es familiar: Agamenón sube a su carruaje…

> ELECTRA. … Y justo entonces se funde la luz con la oscuridad, la tierra tiembla, brota el trueno y el cuerpo de Agamenón se rompe en mil pedazos.

El horror y el odio por los asesinos de su padre transforman a Electra en la que acude al bosque de Oma para reencontrarse con el recuerdo paterno, la que abomina de Egisto y de las nuevas bodas de la madre, la que encuentra Demódoco, ya madura, para recibir la terrible revelación: la complicidad de Clitemnestra en la muerte de Agamenón. Y Electra entra definitivamente en la tragedia, se hace tragedia ella misma.

La obra de Víllora es un texto plenamente político. La cita de Pasolini que ha puesto a su frente no es gratuita, sino rigurosamente exacta: esta tragedia es «única y exclusivamente política». La gran belleza de su lenguaje, con una estructura versificada llena de ritmo y armonía, el prestigio y la hermosura del mito helénico que envuelve con total transparencia el verdadero tema de la obra, no nos hacen olvidar, sino que, por el contrario, nos recuerdan continuamente que se está hablando de Euzkadi, que los partidarios de Egisto que se han apoderado de Argos son los nacionalistas radicales que persiguen a los que «no son de los suyos» y que considerarían en su día a los demás, a los «otros», como ciudadanos de segunda; que los argivos son los vascos y que los odios y los crímenes que desgarran la casa de los Atridas son los mismos que desgarran a esa tierra que parece recorrida por un viento de locura.

La tragedia clásica ha descendido nuevamente del reino de los dioses y ha envuelto con su ropaje augusto a la miserable lepra del terrorismo que está destruyendo a un pueblo: Pedro Manuel Víllora ha escrito la tragedia de Euzkadi. ■

Visita nuestra web

www.aat.es